

el tablao

EL AS DE ESPADAS

Nunca se ponderará lo suficiente la importancia de las exégesis de textos sagrados hechas por autoridades competentes. Gracias a ellas, las abstractas verdades de la fe cobran precisión y envidiable actualidad. Tomemos por ejemplo al sabio obispo de la Ciudad Encantada, que ha merecido ser llamado «el obispo de España», compartiendo un privilegio que antes monopolizaba Lola Flores. Monseñor Guerra Campos acaba de recordarnos que «ya dijo San Pablo que la Autoridad no en vano lleva la espada, lo que corrobora San Pedro casi con idénticas palabras». Rememoración oportuna, que sirve para aclarar un pasaje oscuro del Evangelio de San Mateo (26, 51/52), en el que se dice, según Don Eloiño Nacar: «Uno de los que estaban con Jesús extendió la mano, y sacando la espada hirió a un siervo del pontífice, cortándole una oreja. Jesús entonces le dijo: Vuelve tu espada a su vaina, pues quien toma la espada a espada morirá.» Pasaje de tenebrosa ambigüedad, como puede verse, pero gracias a San Pedro, San Pablo y Monseñor Guerra Campos ya sabemos cómo interpretarlo correctamente: lo que quería decir Jesús era que duro y a ellos, que Santiago y cierra España, que leña al mono que es de goma. Porque la utilidad de la exégesis es similar a la de la espada: sirve para desentrañar, es decir, para *destripar* la Verdad.

A veces, sin embargo, la exégesis se desvía por caminos erróneos, en manos de intérpretes de menor representación y gobierno. Así, por ejemplo, aquel Fray Juan de la Cruz que resumió el cristianismo en una fórmula de implacable mansedumbre, en un castellano tenso: «A la tarde te examinarán en el amor.» Pero sabido es que Fray Juan, que era un santo el pobre, no llegó a obispo ni a nada serio en este mundo. O Mijail Al Bulgakov, quién en su novela «El maestro y Margarita» (Alianza. Ed. Núm. 124), se atreve a imaginar así el diálogo judicial entre Jesús y Pilatos:

«—Entonces, ¿qué dijiste? —preguntó Pilatos.

—Dije, entre otras cosas —contaba el preso—, que cualquier poder es un acto de violencia contra el hombre y que llegará un día en el que no existirá ni el poder de los césares, ni ningún otro. El hombre formará parte del reino de la Verdad y la justicia donde no es necesario ningún poder.

—¡Sigue!

—Después no dije nada —concluyó el preso—. Llegaron unos hombres, me ataron y me llevaron a la cárcel.» (p. 39).

Bulgakov no era obispo ni siquiera santo; aún peor, era ruso, pero, como tuvo que aguantar al bruto de Stalin, quizá se lo hayan perdonado en el Cielo y le traten como si fuera español ■ SAVATER.

UN IRYDA PARA TODA LA VIDA

Antes de que se hablara de la reforma administrativa; antes de que los olivos salieran a luchar contra los elementos; cuando a nadie se le había ocurrido todavía vender chalet y parcela con naranjos incluidos y compra del fruto garantizada, existía el Instituto Nacional de Colonización. Eran hermosos tiempos.

Por aquellos lustros, resultaba magnífico tener una finca de secano con sus bellotas; venía Colonización, te la ponía en regadío, y tu cedías unos pedazos para que se repartieran entre los pobres. Los pobres se ponían como locos y gritaban. «Por fin se ha inventado el minifundio, por fin, por fin, por fin». Tenían preferencia para obtener pedazo los pobres con mayor número de hijos, lo cual resultaba particular-

mente divertido, ya que los beneficiarios solían ofrecer a sus doce muchachos que se jugaran a los chinos quién se quedaba sin ir a Alemania. El que no se iba a Alemania se perdía el transistor, pero a cambio resultaba heredero de la gloria agrícola.

Ya decía con mucha razón entonces el Conde de Montarco, que es europeísta, como resulta anacrónico y bastante imbécil hablar de reforma agraria. ¡Hablar de reforma agraria, con la cantidad de cosas divertidas que pueden hacerse en el campo!

Pero cada día tiene su afán. El Instituto Nacional de Colonización creció y se hizo IRYDA, nombre familiar para su largo Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario. (Como ya estaba claro que no hacía falta ninguna reforma agraria, pues no importaba que se llamara así. Antes hubiera sido peligroso).

Ahora, con el IRYDA, es mucho mejor. Se ha descubierto que no hay nada como entregar las fincas puestas en regadío a sociedades anónimas. Pero, eso sí, fincas bien grandes, porque las sociedades anónimas no son como los pobres. En los medios agrícolas y financieros se ha exclamado: «Por fin se inventa el latifundio, por fin, por fin, por fin».

Es formidable vivir en un país capaz de inventar a la vez el auto-

giro y el submarino, el minifundio y el latifundio.

NOTA. — Se comenta que el IRYDA quiere vender una vaca a Ramón Tamames para que la apaciente, siempre y cuando la lleve por la calle con bozal. También se rumorea que Velarde ha sido encargado de constituir una sociedad anónima que explote el Desierto de la Violada, en el cual podrían emplearse todos los profesores de Universidad (incluidos los de latín, en el tiempo que les deje libre su gimnasia), puestos en la calle este año ■ RECOLE-TOS.

CHABO- LISMO

Ya teníamos todos dos cuartos de baño, azulejos serigrafados hasta el techo, antena colectiva de VHF y UHF, salón comedor, plaza opcional de garage, gas ciudad, dos ascensores de subida y bajada, portero automático. Ya tenía España ciento veinte metros cuadrados, estación de metro en la esquina, triturador de basuras, parque infantil, dormitorio de servicio, maravillosas vistas. Ya toda España tenía piso, piso del Sindicato, piso del Instituto Nacional de la Vivienda, piso de la comunidad de propietarios, piso

